

PSICOSIS Y PSICOANÁLISIS¹

Juan Capetillo Hernández
e-mail: jcapetillo@uv.mx

Instituto de Investigaciones Psicológicas
Universidad Veracruzana

RESUMEN

La conjunción de los términos del título da para un tema sumamente extenso con varias líneas de abordaje. Voy a referirme a 3 de ellas a lo largo de este escrito: 1. Perspectiva histórica, 2. Terapéutica psicoanalítica de la psicosis y 3. La propuesta explicativa de la psicosis por parte del psicoanálisis. Las dos primeras serán tocadas en términos generales, deteniéndome un poco más en la tercera, sin que necesariamente se abandone la generalidad de la aproximación. Una de estas vías de tratamiento de la relación psicosis-psicoanálisis es la histórica.

Palabras clave: psicosis, psicoanálisis, terapia psicoanalítica.

De acuerdo con Foucault, el Saber en Occidente ha mantenido una relación ambigua con la locura desde la Época Clásica en el siglo XVII: el silenciamiento o el diálogo. (Foucault, 1967)

En los tiempos del Gran Encierro (alrededor de 1650) el loco pierde su aureola de divinidad y es enclaustrado junto con otros parias sociales (prostitutas, delincuentes, sodomitas, etc.) en una pretensión inútil de desaparecerlo, de mantenerlo a distancia de las gentes de razón, a quienes amenazaba con su existencia.

La sinrazón de la locura aparece como la otra cara de la moneda, el reverso de la razón, como representando algo de esa verdad que el hombre racional se

¹ El presente artículo es la transcripción de la conferencia que, con el mismo título, presentara el autor en el Congreso “Temas selectos de Psiquiatría y Psicología Médica”, celebrado en la Fac. de Medicina Xalapa, en julio de 2005

resiste a ver; por eso se le excluye, se le silencia, se le encierra. Su murmullo es altisonante, subversivo, hay que acallarlo.

Alternativamente a esta posición, hay una tradición de pensadores, filósofos, poetas, médicos, etc. que propugnan y ejercen un diálogo con la sinrazón, una apertura al sentido de la locura o a su sinsentido.

Para Foucault, en una posición que implica a la vez admiración y rechazo, Freud aparece situado en ambas posiciones. Por un lado lo ubica nada menos que como el heredero de la tradición psiquiátrica del siglo XIX que se inicia con Pinel y su famoso mito de la liberación de las cadenas, que representaría para Foucault - más allá de su pretendido humanismo- una nueva forma de sojuzgamiento y silenciamiento del loco. No un lugar muy decoroso –podríamos decir- el que le asigna Foucault a Freud, desde el sitio en que él piensa la locura.

Los poderes de la institución manicomial concentrados en el médico en el marco del llamado: tratamiento moral de la locura, son trasladados a la figura del analista en la situación psicoanalítica, con lo que Freud se colocaría –de acuerdo con Foucault- en la perspectiva de control social y silenciamiento del discurso del alienado, propio de la psiquiatría y que se opera a través de la nosografía y la medicamentación.

Paradójicamente, Freud es inscripto por Foucault en el lado opuesto, con acompañantes de noble linaje como Nietzsche, Artaud, Hölderling, etc. cuando, con sus descubrimientos y de una manera determinante, propicia la apertura al discurso de la locura. Lo hace, de entrada, mediante dos concepciones.

Haré una mención breve a estos dos caminos freudianos de apertura a la locura, recordando que esta línea histórica de relación psicosis-psicoanálisis es sólo someramente abordada en este escrito, quedando una gran cantidad de puntos sin analizar en detalle, como sería el caso de esta primera apreciación foucaultiana sobre el discurso psicoanalítico como solidario con la posición psiquiátrica, susceptible de un recio debate, dejado pendiente por ahora.

El segundo emplazamiento histórico foucaultiano de Freud es, a mi entender, más característico de la relación psicosis-psicoanálisis. Dentro de éste y al difuminar la distancia entre lo normal y lo patológico en el campo de lo psíquico,

Freud abre un primer amplio trecho para posibilitar la interlocución con el fenómeno de la locura.

Este movimiento supone echar a un lado la pretendida diferencia irreductible entre el loco y el sujeto normal, es decir, entre el demente y el médico; supone cuestionar ese carácter de objeto atribuido a la locura, con el cual el psiquiatra establece una relación distante, aséptica, como la de un investigador positivista que no se inmiscuye con su objeto de estudio. El psicoanálisis posibilita un proceso de subjetivación del fenómeno de la locura que se produce desde el momento mismo en que Freud se asume como histórico y reconoce la necesidad de su propio análisis, quedando establecido, desde entonces, la obligatoriedad para los candidatos a analistas de su paso por el diván; es decir, de su instalación en el lugar del “enfermo”.

Si bien la histeria es una neurosis y por lo tanto Freud no fue un psicótico, el paso dado constituye, indudablemente, una posibilidad de mayor comprensión y posible cura de la psicosis. La distinción entre neurosis y psicosis es uno de los problemas principales incluidos en la relación psicosis-psicoanálisis y, una de las razones por las que a los psicoanalistas les interesa el estudio de la psicosis – aunque no todos trabajen con psicóticos- es porque en ellas aparecen sin disimulo los procesos que en los neuróticos se presentan ocultos bajo diferentes disfraces; lo que el neurótico reprime, se muestra en el psicótico con una presencia aterradorante.

La otra ruta por la que Freud favorece el diálogo con la locura es a través de la cuestión de los sueños, particularmente cuando establece una equiparación entre los sueños y los delirios psicóticos, en tanto que ambos, como fenómenos de lenguaje, se encuentran estructurados de una manera similar, suponiendo, el uno y el otro, un mensaje cifrado bajo la forma del sinsentido. Para el psicoanálisis de lo que se trata, justamente, es de abrirse a este sinsentido tanto del sueño como del delirio psicótico.

Dejaré aquí esta sucinta presentación de la aproximación histórica a la relación psicosis-psicoanálisis, no sin antes mencionar que es posible abordar también desde esta perspectiva, la relación psicoanálisis-psiquiatría, sobre la cual

podemos decir que el primero tuvo una fuerte y decisiva influencia en la psiquiatría en el mundo en la primera mitad del siglo XX, disminuyendo, paulatinamente, durante el restante periodo del siglo.

Dos problemas cruciales que han preocupado a todos los que, de una u otra manera, han enfrentado el fenómeno de la psicosis son el de su terapéutica y el de su explicación, es decir, el desciframiento del enigma que constituye la locura. Estos dos problemas centrales conforman otras dos líneas derivadas de la relación psicosis-psicoanálisis: ¿Qué podemos decir de la cura psicoanalítica de la psicosis? y ¿Qué avances se han hecho desde el psicoanálisis para explicar la psicosis?

La primera pregunta promueve una línea de trabajo que comentaré brevemente en este artículo, para dedicar un mayor espacio a la impulsada por la pregunta acerca del esclarecimiento de la locura.

Inicialmente resaltaré dentro de esta perspectiva la imposibilidad señalada por Freud para el tratamiento psicoanalítico de las psicosis. El obstáculo infranqueable según el iniciador del psicoanálisis, residiría en la caracterización que hizo de las psicosis como neurosis sin transferencia. (Freud, 1913/1978).

La relación especial que surge espontáneamente entre las dos personas que participan en el proceso psicoanalítico: la transferencia, es postulada por Freud como el motor mismo de una cura psicoanalítica, como el componente determinante de este proceso y cuyo manejo lo distingue de manera esencial. Si en el encuentro entre los dos participantes de la experiencia, falta la relación transferencial, no puede haber psicoanálisis y por lo tanto, terapéutica psicoanalítica.

Para Freud algo que singulariza a los pacientes psicóticos es su imposibilidad para entrar en transferencia, lo que los hace incapaces para el psicoanálisis; a diferencia de éstos, los neuróticos –obsesivos, histéricos, fóbicos– son susceptibles de establecer el lazo transferencial y por lo tanto constituyen el suelo propio para la práctica psicoanalítica. A partir de esto es que Freud habla de neurosis de transferencia y neurosis sin transferencia en una de las distinciones que estableció entre neurosis y psicosis.

Conviene señalar que las entidades comprendidas por Freud en el término: neurosis sin transferencia son la paranoia y la esquizofrenia y que, sin duda, el acercarle la palabra: neurosis, introducía una confusión terminológica que no permitía una distinción radical entre un padecimiento u otro, por lo que fue relativizada por Freud.

La exclusión de la psicosis del campo de trabajo de los psicoanalistas hecha por Freud, se tradujo, evidentemente, en una proscripción al abordaje terapéutico de los locos por parte de los analistas; prohibición que, afortunadamente, fue desoída por algunos seguidores freudianos, entre los que destacan Melanie Klein y Jacques Lacan, (quien, por ejemplo, habla de una transferencia masiva en las psicosis) produciéndose experiencias clínicas y aportes teóricos de consideración que modificaron el estatuto de la relación psicosis-psicoanálisis tal como lo dejara Freud, posibilitando el abordaje terapéutico de la psicosis. Punto que, como mencionábamos párrafos atrás, dejaremos en suspenso en este trabajo.

Introduciéndonos en la tercera de las vías que tocamos en este escrito, lo que resulta muy interesante de la relación de Freud con la psicosis es que, a pesar de su pronóstico negativo para la cura por medio del psicoanálisis y de que trató muy pocos psicóticos en su trabajo clínico, realizó aportaciones teóricas vigorosas y sustanciales para su comprensión.

Ya desde los comienzos del psicoanálisis y en el marco de la teoría de la defensa como etiología de las neurosis, Freud intentó diferenciar los mecanismos actuantes en la conformación de las neurosis y de las psicosis. Si bien el factor causante en ambas era la defensa del Yo contra una representación de carácter sexual que le resultaba inaceptable, esta defensa tenía que ser diferente si el resultado era una psicopatología u otra. (Freud, 1896/1978).

Para el primer caso postula al mecanismo de la Represión (*Verdrängung* en alemán) como siendo aquel por medio del cual el Yo logra expulsar de la conciencia la representación inconciliable, separándola del afecto que la acompaña. Se trata de un tipo de defensa que, a la vez que reconoce la existencia de la representación que causa displacer al Yo, permite a éste desentenderse de

ella, excluyéndola del campo consciente de representaciones y enviándola a otro espacio psíquico, el inconsciente, desde el cual permanecerá activa, fortaleciéndose en las condiciones de lo reprimido.

Para la psicosis, dice Freud, el mecanismo es más enérgico que el que concluye en una neurosis, la defensa ejercida por el sujeto ante la representación insoportable es de una naturaleza distinta y más vigorosa que la Represión. Freud utiliza el término: Rechazo (Verwerfung en alemán) para referirse a este tipo de defensa. Como consecuencia de ésta- dirá Freud- para el Yo la representación intolerable no habrá existido; se trata de un proceso mediante el cual el Yo desestima la existencia tanto del afecto acompañante de una representación como de esta misma, la cual corresponde a un fragmento de la realidad.

Con interés de ilustrar estos planteamientos, Freud presentará ejemplos de casos clínicos de los que extrae estas reflexiones. Uno de estos es el de aquella mujer que perdió durante el embarazo un hijo fervorosamente ansiado y se defiende de este hecho real rechazando su existencia, comportándose como si no hubiera ocurrido y cayendo, con esto, en una confusión alucinatoria: arrullaba incansablemente entre sus brazos un trozo de madera.

De igual manera recurre a uno de sus casos clásicos de “Estudios sobre la Histeria” para explicitar la distinción que comentamos. Ante la muerte de su hermana menor, la paciente de Freud tuvo el pensamiento de que gracias a este deceso, ella podría casarse con su cuñado. Esta idea sexual inconciliable con la estructura del Yo de la mujer, provocó que éste se defendiera pretendiendo olvidarla, con lo que logró que no estuviera presente en la conciencia. (Breuer y Freud, 1893-95/1976) La profunda pena que le causara esta idea –el afecto acompañante de la representación- es separada de la misma y trasladada al cuerpo por medio de un síntoma de parálisis psíquica, en un elocuente ejemplo del procedimiento con el que Freud caracteriza específicamente a la neurosis histérica: la conversión, esto es, el transporte de un conflicto psíquico a una inervación somática.

Si se tratara de un caso de psicosis –comenta Freud- la paciente habría hecho como si la muerte de la hermana no hubiese ocurrido; es decir, habría

rechazado la existencia de ese suceso real, derivando en una situación alucinatoria.

Para continuar el desarrollo de nuestra argumentación, es menester destacar que en los primeros tiempos de la teoría de la defensa, Freud aún no formulaba su noción del Complejo de Edipo, aunque ya la había intuido y comentado en su correspondencia epistolar con Wilhem Fliess (Freud, 1892-99/1976)

Dentro de las coordenadas de la teoría del trauma en las que se inserta la teoría freudiana de la defensa, la fuente de representaciones sexuales inconciliables para el Yo, que está en el origen de las neurosis y las psicosis, se localiza en la seducción sexual por un adulto sufrida en su infancia por los futuros neuróticos y psicóticos. El descubrimiento del carácter fantasmático de esta escena de seducción, propicia un viraje sustancial en el pensamiento de Freud conocido como el paso de la teoría del trauma a la del fantasma y lo pone en el camino de la investigación de la sexualidad infantil que derivará en el par conceptual Edipo-castración.

Si lo que los adultos neuróticos recordaban como un hecho real, había sido producto fantasioso del deseo infantil, era menester indagar sobre las características de éste y sus derroteros que derivaban en neurosis, psicosis o perversión. El resultado, sabemos, es la formulación de los diferentes estadios de la libido en la sexualidad infantil en el contexto de los amores edípicos. Si bien en un principio Freud situaba la fuente de la psicopatología en el conflicto básico entre las pulsiones sexuales y las de autoconservación o yoicas, ahora será ubicada en la conflictiva resultante del encuentro entre los complejos de Edipo y de castración.

Una de las diferencias principales que Freud postulaba entre la sexualidad infantil y la adulta: la intervención de los genitales, es cuestionada por él mismo a partir de su descubrimiento de la fase infantil fálica de la sexualidad en 1923. Hasta antes de este momento, el inventor del psicoanálisis había planteado que la pulsión sexual en los niños solamente privilegiaba, en diferentes momentos, las zonas oral y anal en búsqueda de su satisfacción, de ahí la distinción con el sexo

en los adultos por la no participación de la zona genital. Sin embargo, a partir de su artículo “La organización genital infantil”, considerará que sí intervienen los genitales en la sexualidad de los niños, aunque sólo el órgano masculino. (Freud, 1923)

En este momento de la sexualidad infantil –en ambos sexos- la pulsión sexual está centrada alrededor del falo, produciéndose la idea de la universalidad de éste, la “loca idea infantil” -dirá Freud- de que todo tiene falo. La importancia de esta fase es que, durante ella, aparece la idea de la castración; es decir, la prohibición proveniente del padre hacia el objeto primordial al que se dirigen desde el principio las mociones infantiles de deseo: la madre.

Desde luego que esta exposición sintética y un tanto apresurada, requiere de algunas puntualizaciones; una de ellas es la relativa a la diferencia entre pene y falo. Este último es un objeto imaginario, inexistente y que por lo tanto, no lo posee ninguno de los dos sexos; se trata -en el caso del genital que interviene en este estadio de la sexualidad infantil- de un objeto perteneciente al mundo de la fantasía, con lo que se reafirma la relevancia ya anteriormente asignada por Freud a los fenómenos de la fantasía en el mundo psíquico.

Durante esta fase en que la pulsión sexual en los niños está ocupada con este objeto imaginario –a través del pene en los varones y del clítoris en las niñas- surge la traumatizante posibilidad de perderlo por medio de lo que el psicoanálisis nombra como: la amenaza de castración; es justamente ante esto y particularmente en base a la respuesta del sujeto frente a esta amenaza que se determinarán las estructuras psicopatológicas.

El falo que, en terminología lacaniana, podemos denominar como el significante de la falta, el significante de la castración, va a determinar la diferencia de los sexos a partir de la posición que los sujetos asuman ante él: angustia de perderlo por una supuesta posesión, en el caso del varón; envidia por su “ausencia” y propensión a encarnarlo, en la mujer; posiciones, obviamente, impulsadas por la experiencia de la castración.

Con el tema de la diferencia de los sexos y su determinación por la castración en el marco edípico, tenemos una extensa línea de investigación

psicoanalítica que, por ahora, dejaremos de lado para situarnos en los efectos que introduce la aparición de la castración en la estructuración psicopatológica de los sujetos. ¿Qué hace, qué recurso moviliza el sujeto infantil en fase fálica ante el descubrimiento atroz de la inexistencia del falo; es decir, ante la experiencia de la castración?

Para Freud hay 3 posiciones defensivas fundamentales que los sujetos humanos ponen en juego ante lo inexorable de la falta: represión, renegación y rechazo (o repudio) determinando cada una de ellas, respectivamente, las estructuras psicopatológicas: neurosis, perversión, psicosis.

La idea de la universalidad del pene, propia de la organización genital infantil (fase fálica de la libido) va cediendo paulatinamente por influencia del principio de realidad; en un inicio niños y niñas desmienten la percepción de la diferencia anatómica de los sexos, prefiriendo resguardarse en el placer y seguridad que les proporciona la totalidad fálica; crecerá, suponen ambos, refiriéndose al clítoris imaginado como falo. Un poco más adelante aceptan que haya seres sin falo, pero suponen que lo perdieron por un mal comportamiento, dejando en última instancia y con el mayor de los cobijos la posibilidad de que la madre no sea fálica; este es para Freud el sentido mismo de la castración: el niño o niña se resiste vigorosamente ante la posibilidad de que la madre no posea ese órgano tanpreciado, siendo esta resistencia motivada por la tremenda carga de angustia que este saber porta, por las consecuencias que tiene para el sujeto mismo.

La operación del mecanismo de la Represión implica un no querer saber nada de eso, el saber está, ha sido reconocido por el sujeto pero lo reprime, no quiere saberlo y obtiene como resultado su remisión al campo del inconsciente, desde donde actuará bajo las condiciones propias de lo reprimido. Hablamos en este caso de la neurosis, cuyo campo está compuesto, de acuerdo con el psicoanálisis, por la histeria, la obsesión y las fobias. El sujeto neurótico sabe que la madre no posee el falo pero reprime ese saber, que se hará presente, como un retorno de lo reprimido, a través de sus síntomas.

En las perversiones persiste una doble creencia como resultado de la

operación defensiva puesta en juego: la renegación. El sujeto acepta las dos posibilidades: sabe y por lo tanto cree que la madre no posee el falo, pero, igualmente, cree en la madre fálica; moviliza un mecanismo, nos dirá Freud, por medio del cual sabe de la castración pero, inmediatamente, niega este saber de una forma distinta a como ocurre con la represión neurótica; es decir, se trata de una negación seguida de una aceptación, no es, por lo tanto, una simple negación de algo, sino una renegación, no se niega la existencia del hecho, se le reniega después que se le ha aceptado.

Si bien es amplia la gama de las perversiones, para el psicoanálisis (que las afronta sin la recriminación moral que les acompaña) el fetichismo representaría su modelo: el fetiche que acompaña ineludiblemente la satisfacción del sujeto fetichista, simboliza el falo faltante en la madre, a través de este objeto puede sostener la doble creencia: la madre no fálica y la poseedora del falo.

Para el sujeto que devendrá psicótico, el psicoanálisis postula que la experiencia de la castración de la madre le habría resultado tan insoportable que repudia o rechaza integrar en su psiquismo tal verdad, con lo que se evita vivir y confrontarse con este saber de la realidad que no es un simple fragmento de ésta, sino que constituye la pieza esencial de la vida humana; este saber rechazado – forcluido decimos desde Lacan- de lo Simbólico de la realidad humana se le reaparecerá, por medio de sus alucinaciones y sus delirios, desde lo Real² a donde fue remitido,

Si bien la contribución de Freud al campo de las psicosis no se reduce a la postulación del mecanismo constitutivo (por ejemplo, tenemos la formulación de la homosexualidad como precondition de la paranoia) hemos seleccionado este aspecto, evidentemente, por su carácter fundamental, pero también, porque nos permite conectar algunos conceptos de la teorización lacaniana al respecto que derivaron en la propuesta de la Forclusión (aceptada casi universalmente en el campo psicoanalítico) como el dispositivo constituyente de la estructura psicótica.

En una reformulación del Complejo de Edipo tal como lo planteara Freud,

² Simbólico y Real se escriben con mayúscula en este párrafo porque remiten a dos de los tres registros postulados por Lacan como aquellos en los que se desenvuelve la experiencia psicoanalítica: Lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario.

Lacan habla de 3 tiempos del Edipo. Sin pretender hacer un desarrollo sobre este planteamiento, mencionaremos algunos puntos atinentes a los primeros dos. En el inicial sólo aparecerían el infante y la madre enlazados en una relación que presupondría una completud mítica, ilusoria; no falta nada para ninguno de los dos participantes, el niño lo es todo para la madre y ella lo es todo para él, el falo está presente, la madre aparece como fálica precisamente porque el sujeto infantil se coloca en el lugar del falo de la madre. Este primer momento edípico abarca toda la sexualidad infantil hasta la fase fálica y comporta un imposible determinado por la conformación simbólica del mundo humano.

Para el psicoanálisis hay una ley fundamental que estructura el mundo humano: la prohibición del incesto con la madre, somos sujetos de esta ley, tenemos que asumirla para poder incorporarnos al mundo simbólico. En el primer tiempo del Edipo vivimos esta situación incestuosa con la madre que tiene que terminar porque es lo que más condenamos como humanos. La omnipresencia de la Ley da paso al segundo tiempo del Edipo con la aparición del padre como tercero en la relación.

Evidentemente nos referimos a la aparición del padre como elemento simbólico; es decir, como una función, no hablamos de la presencia o ausencia física del padre. El padre como función, como tercero introduce la instancia de la Ley, es portador de la prohibición, no encarna la Ley (pretensión psicotizante) la representa, transmite una doble prohibición: a la madre le proscribire quedarse con el niño (a), apropiárselo, la conmina a liberarlo a los intercambios en la cultura y al nuevo ser le señala que ese objeto de sus apetencias no le está permitido, que debe cortar los lazos libidinales que lo atrapan a él. Segundo tiempo del Edipo, de la introducción del padre; en otros términos, de la aparición de la castración al que no acceden los sujetos psicóticos.

Esto que el padre viene a significarle, el sentido de su función que es el de la castración, el psicótico está imposibilitado de incorporar en su psiquismo, en su estructura significativa y está impedido por causa del lazo asfixiante que ha extendido sobre él la madre, quien, rechazando inconcientemente la Ley, impide a su vástago el asumirla. Es esto lo que comporta el concepto de forclusión

introducido por Lacan para explicar el mecanismo actuante en la estructuración psicótica; con un sucinto comentario sobre este, cerraremos este trabajo que, en términos generales, aborda la relación psicosis-psicoanálisis.

Procedente del discurso jurídico, forclusión designa la situación en que una demanda es rechazada por haber quedado atrás la etapa del procedimiento en que podía presentarse; es un «no ha lugar» definitivo; es decir, el proceso llegó a un determinado punto habiéndose brincado ciertas fases, no habiéndolas realizado, situación que puede conjugarse –como lo hace Lacan- con el proceso psíquico nombrado por Edouard Pichon como: escotomización, el cual designa el mecanismo de ceguera inconsciente mediante el cual el sujeto hace desaparecer hechos desagradables de su memoria o su conciencia.

Con antecedentes de este tipo Lacan propone traducir el término freudiano: Rechazo (Verwerfung) como Forclusión para designar un mecanismo específico de la psicosis por el cual se produce el rechazo de un significante fundamental, expulsado afuera del universo simbólico del sujeto. (Lacan, 1956/1988) Cuando se produce este rechazo, el significante está forcluido. No está integrado en el inconsciente, como en la represión, y retorna en forma alucinatoria en lo real del sujeto.

Lacan caracteriza en efecto la psicosis por la forclusión de un significante primordial en el Otro, el Nombre-del-Padre, significante metafórico por excelencia que le permite al sujeto acceder a la significación fálica, núcleo del sentido humano determinado por el Lenguaje, por lo Simbólico; distinguió la forclusión de la represión, subrayando que, en la primera, el significante forcluido o los significantes que lo representan no pertenecen al inconsciente, sino que retornan (en lo real) con una alucinación o delirio que invade la palabra o la percepción del sujeto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Breuer, J. y Freud, S. (1893-95) *Estudios sobre la histeria*, en Obras Completas de Sigmund Freud, t. 2, Amorrortu ed., Buenos Aires, 1978.

Foucault, M. (1961) *La Historia de la locura en la época clásica*, F.C.E., México, 1967

Freud, S. (1950 [1892-99]) *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*, en Obras Completas de Sigmund Freud, t. 1, Amorrortu ed., Buenos Aires, 1978

Freud, S. (1896) *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, en Obras Completas de Sigmund Freud, t. 3, Amorrortu ed., Buenos Aires, 1978

Freud, S. (1913). *La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis*, en Obras Completas de Sigmund Freud, t. 12, Amorrortu ed., Buenos Aires, 1978

Freud, S. (1923) *La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)*, en Obras Completas de Sigmund Freud, t. 19, Amorrortu ed., Buenos Aires, 1978

Lacan, J. (1956) *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, en Escritos 2, Siglo XXI, Ed., México, 1988

NOTA BIBLIOGRÁFICA. Para quienes deseen profundizar en el tema, se presenta la siguiente bibliografía:

Aparicio, S. (1984) *De la Verdrängung a la forclusión* en ESCANSIÓN, Vol. 1, pp. 94-117, Ed. Paidós, Barcelona - Bs.As.

Czermak, M. (1987) *Estudios psicoanalíticos de las psicosis. Pasiones del objeto*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.

- Freud, S. (1894) *Las neuropsicosis de defensa*, en Obras Completas de Sigmund Freud, t. 3, Amorrortu ed., Buenos Aires, 1978
- Freud, S. (1908) *Sobre las teorías sexuales infantiles* en Ibid, t.9
- Freud, S. (1911 [1910]) *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*, en Ibid, t.12
- Freud, S. (1915) *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica*, en Ibid, t.14
- Freud, S. (1918 [1914]) *De la historia de una neurosis infantil*, en Ibid, t.17
- Freud, S. (1922 [1921]) *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*, en Ibid, t.18
- Freud, S. (1924 [1923]) *Neurosis y psicosis*, en Ibid, t.19
- Freud, S. (1924) *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis*, en Ibid, t.19
- Lacan, J. (1932) *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, Ed. Siglo XXI, México, 1976
- Lacan, J. (1933) *Motivos del crimen paranoico: el crimen de las hermanas Papin*, en *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, Siglo XXI, Ed., México, 1976
- Lacan, J. (1955-56) *El seminario Libro 3): Estructuras freudianas en las psicosis*, Editorial: Paidós, Barcelona - Bs.As, 1984.
- Soler, C. (2004) *El inconsciente a cielo abierto en la psicosis*, JVE Ediciones. Buenos Aires.
- Miller, G. y col. (1987) *Acerca de la clínica de las psicosis, en ¿Cómo se analiza hoy?*, pp. 207-221, Ed. Manantial, Buenos Aires.